



www.loqueleo.santillana.com

© 2016, GRUPO RETAHÍLA

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4980-9

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: agosto de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE - DAIANA REINHARDT

Ilustraciones: CAROLINA FARÍAS

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Grupo Retahíla

El invierno de los erizos / Grupo Retahíla ; ilustrado por Carolina Farías. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

128 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4980-9

1. Literatura Infantil. 2. Fábulas. I. Farías, Carolina, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE AGOSTO DE 2016 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El invierno de los erizos y otras fábulas

Grupo Retahíla

Ilustraciones de Carolina Farías

loquelego

El invierno de los erizos

Había una vez una pradera muy verde y rodeada de árboles. Allí vivían tranquilamente varios erizos, cada uno por su lado porque no eran muy sociables que digamos. Se dedicaban a escarbar entre la hierba para encontrar los bichitos que tanto les gustaban. También hacían agujeros en la tierra y se acostaban a dormir panza arriba o tomaban sol tendidos sobre una piedra. ¡El calor les encantaba!

5

Cuando, por casualidad, un erizo se cruzaba con otro, lo saludaba con un gruñidito corto:

—¡Grf! Buenos días. —Y seguía su camino para no tener que entrar en conversación. Pero si el vecino era insistente o se le acercaba mucho, simplemente se hacía una bolita

de púas para que el otro entendiera que no era bienvenido. Las púas no eran terriblemente afiladas, pero podían dar sus buenos pinchazos.

6 Así pasaba la vida, pero sucedió que, al final de un otoño, empezó a soplar un viento cada vez más frío. Las hojas se cayeron de los árboles y la hierba comenzó a marchitarse. Cuando llegó el invierno, apareció la llovizna. Después, la llovizna se convirtió en aguanieve y, más tarde, en nieve. Ni siquiera los agujeros en la tierra los ayudaban a conservar el calor. Cada uno temblaba hecho una bolita en su propia madriguera. A lo largo de la pradera se escuchaban gorgoteos, gruñidos, soplidos y estornudos, porque se estaban resfriando sin remedio.

El frío empeoró y uno de los erizos, mientras moqueaba a mares, se dio cuenta de que debían encontrar una solución. Aunque ya estaba flaquito y demacrado, salió de su agujero y se paró en medio de la nieve:

—¡Vecinos! —llamó—. ¡Grf! ¡Snif! ¡Slup!
¡Nos vamos a morir de frío! Propongo que nos
juntemos para darnos calor.

Poco a poco, los demás fueron saliendo de
sus madrigueras. El cuadro era desolador. Era
evidente que la idea de reunirse no les gusta-
ba nada, pero era cuestión de vida o muerte.
Por eso, se amontonaron unos contra otros al
reparo de unas piedras y muy pronto entraron
en calor.

7

Sin embargo, al rato se empezaron a escu-
char las protestas:

—¡Tu pata se me clava en la panza!

—¡Qué púas más molestas!

—¡Me cayó un moco en el ojo!

—¡Cuidado con mis orejas!

—¡Tus uñas están demasiado largas y me
pinchan!

No pasó mucho tiempo antes de que uno de
ellos se alejara rezongando del montón. Y des-
pués lo siguió otro, y otro. Los que quedaban,
muertos de frío, regresaron temblando a sus

agujeros. La noche los encontró con una nevisca más fuerte que las anteriores y, cada uno por su lado, sintió que le estaba llegando el final. De pronto, en medio de la oscuridad, se escuchó otra vez la voz del erizo:

—Vecinos, probemos de nuevo porque, si no, nos vamos a morir.

8 Y así, se acercaron tiritando y estornudando para formar otro montón al reparo de las piedras. Pero esta vez las palabras fueron diferentes.

—¿Podrías correr tu pata un poquito más a la izquierda?

—Si nos ponemos panza contra panza, las púas no nos pinchan.

—Aquí hay un poco de nieve para limpiar tus mocos.

—Si nos movemos menos, es mejor.

El calor de todos juntos los fue envolviendo y comenzaron a quedarse dormidos. Mientras se le cerraban los ojos, el erizo que había propuesto la idea pensó:

*Si aprendemos a entendernos,
venceremos al invierno.*

Versión libre de una fábula de
Arthur Schopenhauer.

9



El río viajero

Al río de nuestra historia le gustaba muchísimo viajar. Nacía en unas vertientes de la montaña y poco después ya era un arroyo manso. Más adelante, se convertía en una ancha corriente y daba sus aguas a campos y a sembradíos. En el camino, disfrutaba mirando los animales de la orilla y las barcas de los pescadores. Y le llamaban mucho la atención las cabañas construidas sobre pilotes para evitar las crecientes. Era cierto, muchas veces las lluvias lo hacían desbordar y, entonces, los habitantes de las orillas lo veían entrar en sus casas, sin permiso, y arrastrar en su corriente todo lo que encontraba a su paso. Por eso habían ideado esas casas altas, como montadas

sobre zancos. Al atardecer, le encantaba escuchar las conversaciones de los enamorados y por las noches se adormecía alumbrado por la luna. Pero cada mañana se despertaba con el deseo de seguir su camino.

12 Y, precisamente, ese era su problema. Sabía que su viaje tenía fin. Un poco más adelante, los árboles iban desapareciendo y los arbustos de la orilla empezaban a ralearse. Había cada vez menos tierra y más rocas, menos animales y más soledad. Las piedras se convertían en guijarros y luego en arena. Arena y más arena, que se bebía el agua del río como un viajero sediento.

Al final de su jornada, la corriente ancha y generosa era nada más que unos cuantos hilitos cristalinos, que se iban apagando. Entonces, el río sentía una enorme congoja en su corazón evaporado y exclamaba:

—¡Ya empieza el desierto!

Y así era. Una inmensa extensión de arena dorada le ponía fin a su viaje. Así había sido

desde que tenía memoria, pero cada vez le daba la misma tristeza. Hasta que, un día, ya no pudo más. Entonces, juntó todas sus ganas y lanzó un grito:

—¡Quiero seguir!

Tan fuerte gritó que su voz llegó por primera vez hasta los oídos del sol.

—Hay una manera de que sigas tu viaje —le dijo el astro luminoso—, pero tal vez te dé miedo, porque puede ser peligroso.

—No me importa el peligro —dijo el río con voz débil—. Quiero ver qué hay al otro lado de este desierto.

Entonces, el sol aumentó el calor de sus rayos y, poco a poco, el agua comenzó a evaporarse en finísimas gotas que se remontaron por el aire. Una vez allí, se reunieron en forma de nubes cada vez más grandes, gordas y algodonosas.

Después, el sol llamó a su amigo, el viento, que las fue arreando como a un inmenso rebaño de ovejas a través del desierto. Cuando

llegaron del otro lado, el aire se enfrió y las gotas cayeron en forma de lluvia. Esa lluvia formó arroyitos que se juntaron unos con otros en una corriente cada vez más grande.

—¡Pude cruzar! —gritó el río, loco de alegría. Y continuó su viaje por esas tierras nuevas donde habría más casas y sembradíos, más barcas de pescadores y más voces de enamorados al atardecer.

Mientras lo miraba desde el cielo, el sol comentó por lo bajo:

*A veces hay que cambiar
para poder continuar.*

Versión de un cuento árabe.